

VIII.

Hemos llegado á la época moderna; en el reloj de los tiempos sonó la hora solemne en que las generaciones á que pertenecemos, pasen sobre la tierra recogiendo el rico legado de las anteriores, á fin de, con esos preciosos elementos, cumplir su destino, para desaparecer después, dejando á la posteridad cuanto hemos recibido por herencia, aumentado con el contingente de nuestras conquistas. Recorramos la vista sobre ellas.

La evolución política preparada por antecedentes históricos, se desarrollaba en Europa en los términos que hemos indicado, y la persecución arroja de allá á los puritanos ingleses hácia la América, llegando esa avanzada de la civilización á un país salvaje lleno de riquezas, con el equipo que le prepararan todos los progresos humanos; y raza activa y emprendedora aquella á que semejantes hombres pertenecen, hace una Nación poderosa

del campamento, donde había desplegado la tienda de campaña la noche anterior, y sin tener que combatir antiguos sistemas, que siempre sirven de rémora á las nuevas doctrinas, sin lucha implanta las que trajera de allende el mar. Llegando á ser aquella nación la gran República norteamericana, donde la libertad é igualdad predicadas por el cristianismo, habían de ser definitivamente sancionadas por las leyes, y donde el bendito trabajo hiciera brotar tesoros al contacto de su vara mágica.

El inmenso mar Atlántico que la Europa de la América separa, se puebla con naves de todas las Naciones; y ya sus olas no sólo tienen que trasportar los navíos españoles, que venian á llevar oro y más oro de sus colonias, extendidas desde México hasta el Cabo de Hornos, sino que columpian sus aguas todos los productos de un noble cambio. Desde el uno al otro lado del Oceano Atlántico, ya dos civilizaciones se saludan, enviándose en amistosa reciprocidad cuanto de una y otra parte pudiera concurrir al adelanto.

El trabajo garantizado por la ley y á la sombra de la libertad americana, produjo el bienestar, que es el objeto principal de las sociedades.

Pero seducidos por el entusiasmo que

nos inspira el progreso de la América, nos adelantamos en el orden de nuestra exposición, cuando los acontecimientos europeos nos exigen retroceder un tanto para no ser confusos.

En la Europa, surgia por todas partes la necesidad del cambio político, y los tronos carcomidos vacilaban al viento de la idea filosófica.

La avidéz por el conocimiento de cuanto produjera el pasado, despertándose hambrienta en la mente de los pensadores, formó la enciclopedia, que abrazó todos los conocimientos, aunque fuera en lo muy esencial, con la rapidez de un anhelo laudable. A la filosofía, á la literatura, tocaba efectuar un movimiento intelectual, que había de poner á la generalidad de los hombres en la condición de abarcar de un modo sintético, el conjunto de los diversos progresos, salpicado de brillantes verdades y de liberales doctrinas, inspiradas en los sentimientos y en el calor de la época, y exacerbadas por las necesidades del momento.

Los derechos del hombre fueron vislumbrados: la Inglaterra se levanta proclamándolos; mas la aristocracia allí, unida con el pueblo, había acabado por moderar los anhelos de este y limitar sus impulsos.

Era preciso que un pueblo ardiente, ca-

páz de ofrecer su sangre en aras de la idea, tomara después la iniciativa, y Francia lanzó en el continente el grito de libertad, que sopló terrible como huracán hácia los cuatro vientos; pero después del paroxismo producido por la sorpresa, se organizan por todas partes para la lucha los elementos conservadores de lo antiguo.

Fué preciso entónces, que el genio de la guerra apareciera con todo su terrible esplendor, iluminado por la llama de los cañones atronadores, coronado por sangrienta aureola, llevando en las manos la bandera flameante de la revolución francesa y la espada relampagueadora de los triunfos. A su paso se desquician los tronos del absolutismo y brotan entre sus ruinas después las monarquias constitucionales . . .

La espada del Marte moderno se rompe en Waterloo, y cumplida su misión, Napoleon muere en medio del oceano, prisionero en la solitaria roca de Santa Elena.

¡La terriblemente hermosa ficción del Prometeo mitológico, es pálida ante el real cuadro que presenta la agonía de ese coloso sublime, que se sacude impotente, devorado por gigantes tristezas, en medio de la muda inmensidad . . . !

Pero velemos con enlutado crespón esa

titánica figura y prosigamos nuestra reseña.

Las monarquías constitucionales significaron una de las evoluciones políticas más importantes, aseguradas por un pacto escrito en que se reconoció el derecho del pueblo para ser representado en los parlamentos, que tuvieron la facultad de legislar á su nombre.

La República americana, que se había independido de la metrópoli inglesa, para darse sus libres instituciones propias, y la revolución francesa por otra parte, mueven el espíritu de las colonias españolas del Sur de América, y rompiendo éstas el yugo, forman otras tantas Repúblicas modeladas en la del Norte; mas como no tuvieran sus habitantes los mismos apropiados antecedentes para la vida de la libertad, les cuesta sangre su atrevido ensayo, para conseguir el fin propuesto, alcanzado después de cruentos sacrificios; y queda en definitiva en este nuevo mundo, reinando la igualdad entre los hombres, y preparado de este modo el rico, el inmenso continente americano, para ser el teatro donde se desarrolle la civilización del porvenir. Ella ha marchado siempre de Oriente á Poniente y en la América tiene de efectuar su gran etapa para dar vuelta al planeta.

El Papado queda en tanto casi restringido á su misión espiritual; mas volvamos la

vista á otro orden de progresos realizados en los dos últimos siglos.

Las bellas artes con su prisma de colores celestiales, sus fantásticas creaciones materiales é intelectuales y sus acentos armoniosos, ofrecen todas sus bellezas á los tiempos modernos.

La mecánica poderosa multiplica cuanto la pintura y la escultura presentan, y lo reparten á todos los hombres, cualquiera que sea su fortuna, pues por virtud de la gran economía del trabajo, que consigue, disminuye el precio de los más espléndidos cuadros y de las estatuas más hermosas.

La ópera se levanta sobre el drama, y allí donde el alma no alcanza por medio de la palabra hablada á expresar la sublimidad de un sentimiento, en musicales notas, que suspiran como brisas ó que rugen como torrentes, se dilata en ondas armoniosas, vibrando en los espíritus con electricidades que arrebatan al éxtasis divino.

La fotografía hace entrar en sus combinaciones á la luz, se apodera de cuanto refleja y lo estampa indeleble sobre el vidrio primero y sobre el papel después; reproduciéndose de manera tal la imágen del hombre con entera perfección, á virtud de un trabajo momentáneo.

La máquina de coser levanta el yugo agoviador que pesara sobre la mujer humilde. Las artes útiles abaratan todo cuanto es necesario á la vida, por medio de esa economía del trabajo á que se encaminan con rapidez increíble en la época presente; y así el hombre pobre de hoy puede gozar de bienes, que en los siglos primeros no era dado ni á los poderosos.

Tienden por tal manera todas las cosas á estar al alcance de todas las fortunas, pues como se vé, cada progreso procura más y más la nivelación entre los seres humanos, produciendo al mayor número mayor suma de bienes.

Reflexionando sobre todo esto, se advierte con claridad, cómo cada adelanto conspira en favor de la democracia, llevando á las manos del rico y del pobre todas sus conquistas, alcanzadas ya en la esfera del derecho, ya en el mundo de la idea ó de la materia; y por tal suerte y á cambio del trabajo constante de las generaciones, se cumple la promesa del Cristianismo.

La filantropía, que produjo el altruismo del renacimiento, se apodera de los espíritus, y para los menesterosos se crían instituciones de beneficencia y se levantan el monte de piedad, los horfanatorios, hospicios y hospitales.

Para los criminales en vez de patíbulos se edifica la Penitenciaría, que debe regenerarlos.

La instrucción se enciende en todas las luces para iluminar á todos los hombres sin distinción; queda á cargo del Estado, y este gratuita la reparte y la atiende de toda preferencia, y abre Institutos, Bibliotecas y Museos; sin descuidar las mejoras materiales, en que así se ocupa del establecimiento de correos como de los paseos, puentes y vías de comunicación, en que el comercio abundoso se derrama. Y no más, pues, la esclavitud, la enfermedad ó la ignorancia, serán las nubes de negrura espantosa que oscurezcan el espíritu del hombre, que hay una ley moderadora para todos los abusos, un camino y un apoyo para todas las aspiraciones del pensamiento y un alivio para todos los dolores. Y sin embargo, en nada se alcanza aún la perfección y la humanidad sigue adelante

La mujer de hoy, tan identificada está con la vida del hombre, que al hablar del hombre género, se abarca sin salvedades á los dos sexos, que se completan amorosamente, con lo que uno tiene de fuerte y el otro de bello; el uno de sentimental y el otro de pensador, formando en armonioso conjunto el ser humano con todas sus excelsitudes.

La libertad, la igualdad y la fraternidad,

santa trilogía ofrecida por el Cristianismo á la civilización, van haciéndose campo en nuestras costumbres y en nuestras instituciones, después que vivieran por muchos siglos, como un ideal lumincoso en nuestras almas.

Censure, pues, el pesimista deteniéndose en los detalles, los hechos que presenciamos siempre serán más elocuentes y provechosos que sus quejas infecundas.

Que diga el ateo que no hay Dios; la humanidad, haciéndose meritoria por el trabajo, marcha hácia el fin glorioso á que por El fué destinada.

La ciencia en el Siglo XIX, en que vivimos, deja de ser abstracta y se extiende entre el mayor número y sirve prácticamente á todas las manifestaciones del espíritu, simplificando el trabajo de tal suerte, que obras encargadas á los siglos, las puede desempeñar una generación.

Contemplemos si nó, el milagro de la unión de dos mares que el comercio fecundizan con su unión; pero lo más sorprendente, y con lo cual las distancias y las diferencias desaparecen entre los hombres, es la fuerza del vapor puesta á su servicio, para conducir, devorando los espacios, las anhelantes viajeras poblaciones por los mares y la tierra; y esa fuerza que estrechara hasta los más remo-

tos pueblos en amistoso abrazo, no se desdén de servir á la mecánica modesta, bajando á los talleres para que se multiplique la producción de sus obras, abaratándolas más y más.

¡Más ah! el rayo también fué dócil prisionero del hombre actual, y sirve de mensajero á su palabra, que en alas tan veloces, en instantes recorre la extensión del mundo.

¡El vapor, el telégrafo, grandes portentos del siglo actual, cómo han servido á la civilización y cuánto, cuánto servirán después!

Por el vapor, de continente á continente, de mar á mar, no hay más que un paso, y todo el planeta es ya la patria del sér humano, y de todas partes toma los mejores productos para engrandecer su vida. Por el telégrafo, la voz del hombre propaga en un instante la buena nueva, hace estremecerse en un mismo sentimiento y en el momento mismo á todos los séres repartidos en la ancha tierra, cual si los espíritus de todos fueran un solo espíritu.

Ante la contemplación de tanta grandeza, es impiedad no reconocer que el Siglo XIX cumple con su misión bendita en la obra del progreso.

La electricidad le dió su luz esplendorosa, y se ilumina vívidamente con sus fulgores este siglo gigante, al correr sus últimos años, cual si quisiera exhibirse con todas sus gloriosas conquistas, á la contemplación de la eternidad, antes de hundirse para siempre en ella.